**A Víctor Acha, +01/09/2020 QEPD**

VÍCTOR HASTA LA VICTORIA

Me   resulta   imposible   escribir   sobre   Víctor   Acha   sin   que   aparezcan tantos rostros compañeros, hermanos y amigos, muchos de los cuales se le anticiparon en el paso pascual, que él dio hace pocas horas, en estas últimas del  miércoles 2 de septiembre de  2020. Rostros que fueron vidas en Villa El Libertador y Barrio Comercial, donde hicimos un largo, agitado y feliz camino de vivencias, compromisos y luchas.

Desde   fines   de   1969   hasta   1975,   compartiendo   la   casa   en   la parroquia   de   Villa   El   Libertador;   hasta   que   él   mismo   presidió   la concelebración, con otros tres curas, de mi casamiento con Marta. La semana pasada, pandemia de por medio, hablamos por teléfono y se entusiasmó con la idea de que escribiéramos algunas memorias de nuestro   amigo   común,   el   Vasco.   Me   dijo   que   le   gustaría   hacerlo colocando el eje transversal de los pobres a quienes había sido fiel hasta el final.

En aquellos años no era la opción por los pobres. Era la obligación por los pobres. El camino de las bienaventuranzas de Jesús el Carpintero.  Trabajar y   vivir  con los  pobres.  Y  asumir  la  pobreza compartiendo   la   vida   con   los   empobrecidos   por   las   injusticias sociales.   Las   luchas   por   las   múltiples   necesidades   vecinales   y   la denuncia   profética   de   los   causantes   de   aquellas   situaciones, acarrearon   persecuciones,   compartidas   por   miles   de   argentinas   y argentinos. Con Víctor sobrevivimos sin noticias mutuas en los tiempos más duros del   terrorismo   de   estado.   Volví   a   tenerlas   cuando   se   rompió   la incomunicación carcelaria en 1977, a poco de llegar a Sierra Chica. Supe   que   anduvo   en   la   Villa   hasta   fines   del   75,   cuando   bandas armadas de civil allanaban hogares cercanos a la parroquia, donde por seguridad él solía pernoctar. Esta persecución, que iba más allá de   su   persona   porque   aterrorizaba   a   los   feligreses   más   solidarios, finalmente lo obligó a aceptar la propuesta del arzobispo Primatesta, de ir a Colombia, para un curso de pastoral y catequesis en Medellín. Sin revelar su destino en junio de 1976 le hizo llegar una carta a mi madre, interesándose por nuestra situación:

“…Haber hecho este alto, hasta ahora me ha servido para reafirmar más   y   más,   ‘todas’   las   convicciones   que   tengo   y   que   me   han motivado para trabajar como lo hice hasta hoy.”

Víctor no aguantó el exilio y se volvió al país. Primatesta le hizo saber que el general Menéndez no le daba garantías de vida; y se quedó de incógnito en una parroquia del gran Buenos Aires que lo cobijó. Desde allí, en diciembre del 76, nos hizo llegar otra carta a propósito del crimen de Marta, con el Cura Vasco que lo visitaba cada tanto:“… la cuota de dolor que muchos sufrimos se hace más grande para algunos, entre los cuales se encuentran uds., desde hace tiempo por la situación de los hijos, últimamente por lo de Marta. … A veces se descubre todo lo que se quiere a una persona cuando esa persona desaparece. Así me ha ocurrido con ella. He sufrido mucho por ella, por su esposo, por los niños, por uds. y por la mamá y hermanas de ella. Cuánto hubiera deseado estar cerca! Para acompañarlos en el dolor en ese momento…”.

Víctor siguió un largo tiempo en el gran Buenos Aires. Durante aquella estadía le ayudó a mi madre a realizar gestiones ante los organismos de   derechos   humanos,   orientándola   en   el   inmenso   y   desconocido mundo   porteño;   y   manteniendo   con   ella   una   comunicación   escrita escueta,   imprescindible   y   cautelosa,   como   lo   exigían   las   graves condiciones de inseguridad del momento. Hasta que pudo regresar a Córdoba.

Alejarlo de la ciudad fue el requisito militar al arzobispo, que lo designó en una parroquia de Carlos Paz. Unos de mis primeros almuerzos en libertad en 1982 fue con él y el Vasco, repasando con alegría los años vividos en comunidad, los dolores   de   las   persecuciones   y   las   nuevas   esperanzas,   que empezaron a concretarse cuando al Vasco se le puso que iría a vivir a la villa que bautizaría “Obispo Angelelli”, nuestro maestro y mártir delos pobres. La misma fe y las mismas convicciones que nos encontraron en la juventud,   siguieron   andando   por   los   andariveles   de   la   vida.

En   laRevista   TIEMPO   LATINOAMERICANO   disfrutamos   de   su   sabiduría y experiencia como miembro del Consejo Asesor. Pero fueron muchos los lugares de su siembra generosa. Las incomprensiones   y   malos tratos   eclesiásticos   no   le   hicieron   mella   a   su   fidelidad   sacerdotal. Porque desde que se ordenó, el 14 de septiembre de 1968, quiso que su sacerdocio fuese entrega y servicio a los pobres. Esa era la Iglesia. El   Vasco   nos   encontró   en   sus   80   y   lo   seguimos   juntos   hasta   la despedida final en Barrio Comercial. Víctor nos convocó para celebrar sus 80, que fueron también su despedida al inicio de este 2020. La cruz por él tallada en cerámica sin el cuerpo crucificado, que ese día me tocó en suerte, fue el signo de la resurrección y la victoria, que nos seguirá acompañando. Celebramos su Pascua, el paso a la tierra sin males, con la fe de San Pablo: “¿Dónde está muerte, tu victoria?”. Porque “Tuve hambre y mediste de comer; estuve enfermo y me visitaste; estaba desnudo y me vestiste; estuve preso y me viniste a ver.” (Mt.25).¡Víctor, hasta la Victoria!. Seguirá siendo interpelación y compromiso.

Córdoba, 2 de septiembre de 2020.

**Vitín BaronettoTiempo Latinoamericano**